

EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO

PARA NIÑOS.



Núm. 2.º

ADMINISTRACION:

Calle de las HUERTAS, núm. 42.

MADRID.—1857.

SUMARIO. *Geografía*, por D. José M. de Larrea. — *En el Album de una Niña* (poesía), por D. J. A. Viedma. — *El hogar doméstico*, por J. P. — *El señor Trabajo* (Leyenda americana), por A. — *Lecciones de la mamá*. — *Plutarco de los Niños*, por D. Modesto Infante.

ADVERTENCIA.

Como este número tiene *grabados* en el texto, no lleva lámina aparte.

EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO PARA NIÑOS.

GEOGRAFÍA.

UTILIDAD DE SU ESTUDIO.

Entre todas las ventajas que el hombre ayudado de ese divino destello que la omnipotencia de Dios colocó en su

ma mas que la ciencia que trata de la descripcion de la tierra, su carácter es esencialmente compuesto, porque no puede caminar sin apoyarse en los mas importantes conocimientos humanos, con los que á su vez se enlaza sirviéndolos de sostén y de guia en la variedad infi-



mente, ha ido creando con los inagotables tesoros de la observacion y el estudio á través de los siglos, pocas hay tan amenas é instructivas como la geografía; y siendo el objeto primordial de esta publicacion *instruir deleitando*, no podíamos dejar de dedicarla un lugar en sus columnas.

Aunque la geografía no sea en sí mis-

nita de sus aplicaciones. En efecto, al describir la tierra pueden ocurrir tres diferentes casos: ó la consideramos como un cuerpo celeste girando en la inmensidad del espacio, ó como un globo compuesto de diversas materias, ó como la habitacion del hombre dividida en multitud de Estados y países, y poblada por razas y naciones diversas: á lo primero

se llama geografía astronómica, á lo segundo geografía física, á lo tercero geografía política.

Consideremos la tierra bajo el primer aspecto, y al momento veremos que no es ella el solo cuerpo que flota en el inmenso espacio de la creación: los días tienen su sol resplandeciente que nos baña con su luz bienhechora, las noches tienen su argentada luna y sus pléyadas innumerables de fulgentes estrellas. ¿Se hallan éstas suspendidas como lámparas eternas de la bóveda celeste, ó porqué medio las detiene la mano de Dios en el espacio? Aquí se nos presenta la astronomía á darnos cuenta de todos estos prodigios, y aun dejando aparte los cálculos matemáticos, de los que siempre prescindiremos en nuestros artículos para que todos puedan entendernos, todavía esta ciencia nos enseñará las leyes admirables de la atracción, de la gravitación y del movimiento de los planetas, á que van asociados los grandes nombres de Newton, de Galileo y de Keplero; ella nos reunirá en grandes grupos ó constelaciones las estrellas que contemplamos en las noches serenas como otros tantos puntos brillantes; ella nos dará nombre á ese planeta que tanto nos agrada ver salir precediendo la luna cuando el sol se oculta á nuestra vista, y que brillando todavía entre las rosadas tintas de la aurora, es conocido entre el pueblo con los poéticos nombres de *estrella de la tarde* y *estrella de la mañana*; ella nos dirá lo que debemos temer de los co-

metas de larga cabellera, que al decir del vulgo anuncian tan grandes calamidades; ella, en fin, limitándose á nuestro globo, hará en él la aplicación de los círculos de la esfera celeste y nos dará razón de las estaciones, de los climas, de los días y de las noches, de las divisiones del tiempo y de tantos otros hechos que despiertan en nuestra inteligencia un vivo deseo de conocerlos.

Pero sin que levantemos los ojos del suelo que hollamos con nuestras plantas, de la naturaleza que nos rodea, de la atmósfera que se eleva algunas leguas sobre nuestras cabezas, todavía infinitos fenómenos despertarán profundamente nuestro interés; los montes poblados de vegetales; los valles de flores y de frutos; el seno de la tierra de preciosos minerales; tanta variedad de aves cruzando los aires; tanta diversidad de peces nadando en los ríos y en los mares; tantos animales cuadrúpedos, insectos y reptiles recorriendo la superficie del globo; las nieves perpétuas en las zonas boreal y austral cubriendo la naturaleza como un inmenso sudario; arenosos desiertos bajo los abrasadores rayos del sol en la zona tórrida; una rica vegetación y suaves brisas en las zonas templadas; la lluvia, en fin, fecundando los marchitos campos, y el relámpago rasgando el seno de la oscura nube. Inútil es encarecer cuánto nos interesa conocer toda esta magnífica naturaleza que nos rodea; pues bien, la física y la historia natural vendrá en auxilio de la geografía, y

nuestros deseos quedarán satisfechos.

Si queremos limitarnos aun á la descripción de la tierra en las diferentes divisiones naturales ó artificiales que se presentan á nuestra vista, la estadística, la historia, los viajes, los datos comerciales é industriales y las revistas científicas nacionales y extranjeras nos explicarán los límites y población de las naciones; las revoluciones y vicisitudes porque han pasado; las diversas agregaciones que han ido experimentando hasta llegar á construir su forma actual; sus usos y costumbres mas notables, las artes, el género de industria y de comercio que forman la riqueza de cada una, y, finalmente, cuantas noticias pueden interesar nuestra curiosidad.

Por lo que ya dejamos espuesto, se deja conocer fácilmente la utilidad de los estudios geográficos y la notable amenidad y atractivo que encierran para la juventud, siendo tan indispensable su conocimiento, que ni el legislador, ni el historiador, ni el naturalista, ni el físico, ni el industrial, ni el comerciante, ni el militar, ni el diplomático, pueden prescindir de ellos. Tampoco puede hacerlo el hombre á quien la suerte ha colocado en una posición elevada é independiente por su nacimiento ó por su fortuna, á menos de manifestar su falta de conocimientos en las cuestiones que á cada momento se agitan en los círculos de personas instruidas. Aconsejamos, pues, á los jóvenes lectores de la *Educación*, que se dediquen á los estudios

geográficos, seguros de que han de hallar en ellos á un tiempo misma utilidad y recreo.

JOSÉ M. DE LARREA.

EN EL ALBUM DE UNA NIÑA.

Libros son los corazones
en donde escriben los años
en encontrados renglones,
en una edad *ilusiones*,
y en otra edad *desengaños*.

Que el hombre al cruzar perdido
por el mundo á que ha nacido
buscando una eternidad,
lleva en su pecho escondido
el libro de la verdad.

Vela, niña, tu inocencia,
no manche negro borron
ese album de tu existencia,
que no hay calma en la conciencia
si hay mancha en el corazón.

J. A. VIEDMA.

EL HOGAR DOMÉSTICO.

La vida humana, como el antiguo Jano tiene dos caras, completamente distintas: desagradable y triste la una, risueña y apacible la otra. Para ser feliz conviene considerarla por el lado favorable. Para mí el mejor punto de vista está en la vida íntima, en las dulzuras del hogar doméstico.

Un matrimonio jóven, que ocupa un cuarto tercero al lado del mio, me ha proporcionado ocasiones de ejercitar mis estudios en esta interesante materia. Mientras que en las brillantes reuniones del cuarto principal sorprendo á veces el fastidio en los rostros unas animados, mis vecinos hallan cortas sus deliciosas veladas. Sin el temor de parecerles in-

que recitan al oído de su mamá antes de decirla en alta voz á su padre. Otras veces en el jardín sentados juntos en un sofá, comparten las caricias de los tiernos frutos de su amor.

Un perfume de tranquila felicidad se aspira al aspecto de aquel pacífico interior. Se advierte allí hasta en los menores detalles, que una voluntad constante,



discreto y de quitar algo de agradable á su intimidad, y á las dulzuras de su retiro, los visitaria con frecuencia, pero aunque me reciben siempre con la mayor afabilidad, conozco alguna vez que estoy allí de mas, y concluyo por retirarme para no hacerme importuno.

Aquel cuadro de familia es encantador. Siempre los hallo reunidos en un pequeño gabinete que sirve de estudio al marido. Mientras él escribe en su pupitre, y su esposa hace labor al lado de la chimenea, los dos niños estudian su lección,

que una continua atencion preside al mútuo cambio de servicios y afectos que constituyen aquel bienestar apacible. Si la firmeza de carácter del padre comienza á formar la docilidad del hijo, la ternura de la madre dulcifica estos sentimientos. Aquella mujer ha comprendido que el hombre al contraer estado, reservándose el cuidado de sostener á la familia, ha abdicado en su compañera el gobierno interior de la casa. Reinando allí como soberana, continuamente vigilante y ocupada, no le alcanza el fas-

tidio, enfermedad endémica de la mujer rica y desipada. Tampoco tiene por qué envidiar á la de clase humilde y laboriosa, que prepara por sí misma el alimento de la familia, los inocentes goces que recompensan dignamente su trabajo. Si no lo hace todo mi vecina por sí misma, cuida de todo, todo lo prevé, todo lo embellece. Sus criados, á los que llama su familia, porque los considera así, son otros tantos seres á quienes tiene que regularizar, que inclinar á la virtud, que cuidar en fin. Aquel pequeño estado que ella gobierna, y en donde mantiene la paz, el orden y la felicidad, valen para ella cien veces mas que los triunfos que obtendria en los bailes y espectáculos, mas que los mentidos goces de una sociedad bulliciosa, que no bastan á llenar el vacío que la falta de verdaderos deberes que cumplir deja en el ánimo de la opulenta dama.

La dicha interior tiene tambien su poesía, y es la mejor, como la mas verdadera, porque es la poesía de la vida práctica. Esta no se aprende en los libros, solo se obtiene estudiando á los hombres. Ningun escritor ha acertado á pintar con verdaderos colores el cuadro de la felicidad. Los mayores goces, contados, se hacen pesados y pierden toda su ilusión. Cuando yo la contemplo en la frente despejada de aquel niño, en las frescas y candidas mejillas de la niña, en el casto y dulce recogimiento de la madre, y en el aire pacífico y satisfecho

del marido, la comprendo en toda su plenitud, vivificada por el cariño, y ennoblecida por el sentimiento del deber y el hábito del trabajo.

J. P.

EL SEÑOR TRABAJO.

Leyenda americana

Por Nathaniel Hawthorne.

Al trabajado sudor
nació el hombre condenado.

Conociamos nosotros á un niño á quien se puso el nombre de Narciso, porque semejante á esta flor, pasaba el día mirándose al espejo como aquella al cristal de las aguas; ningun trabajo le agradaba, ni se complacia sino en jugar y divertirse. Mientras Narciso fué pequeño, su madre le cuidó con cariño, pero cuando estuvo en edad de aprender, le sacó de casa y le confió á un maestro de escuela, llamado el señor Trabajo. Los que trataban con intimidación al señor Trabajo aseguraban que era un hombre muy digno, aunque algo severo y que, familiarizándose con él, los niños concluían por mirarle con afición. Se afirmaba además que habia hecho mucho bien á los hombres, y ciertamente no le habrían faltado ocasiones para ello, si como se decía habitaba la tierra desde el día en que el ángel del Señor echó á Adam del Paraíso.

El señor Trabajo tenia una figura severa y aun repugnante para los chicos inclinados á la ociosidad: su voz era ás-

pera, y sus maneras adustas se adaptaban muy mal con las adamadas y pulidas de Narciso.

El maestro pasaba todo el día en la escuela vigilando á sus discípulos, sentada en su bufete, ó paseándose entre las mesas con la varilla en la mano. Tan pronto sacudia un latigazo á un niño que no se sabía la lección, como castigaba á una clase entera á quien sorprendía jugando. De modo que solo con mucha aplicación y sin levantar los ojos del libro, podían los muchachos estar tranquilos y sin temor del castigo.

—Nunca podré acostumbrarme á esta vida, decía para sí Narcisito llorando.

Nada tenía de extraño que Narciso estuviese descontento al lado de tan intratable maestro, si se considera que hasta entonces no se había separado de su madre, señora de una fisonomía dulce, y que era muy indulgente con su hijo, á quien daba continuamente juguetes y frutas, en lugar de que el señor Trabajo le trataba siempre con dureza, como si los chicos solo hubiesen nacido para aprender la lección.

Apenas Narciso hubo pasado una semana en la escuela, le pareció aquella vida insostenible, y determinó escaparse para ir á buscar á su madre, y dejar aquel hombre que le era tan antipático.

Al día siguiente puso por obra su proyecto, y empezó sus peregrinaciones por el mundo, sin llevar consigo mas recurso que unas pocas monedas de cobre que le restaban de las que le había dado su madre, y un poco de pan y queso que había guardado del almuerzo. A poco rato de haber salido del colegio, encon-

tró á un hombre de porte grave que caminaba muy despacio.

—Buenos días, hermoso niño, le dijo el desconocido con voz afable aunque severa. ¿De dónde se viene tan temprano? Adónde vais?

Nuestro amiguito era muy franco, y no sabía mentir: vaciló un momento, pero concluyó por confesarle sin rodeos que se había escapado del colegio por la aversión que le inspiraba el señor Trabajo, y que estaba resuelto á recorrer el mundo hasta el último rincón, para no volver á ver ni oír á maestro tan regañón.

—Muy bien, querido mío, le respondió el extranjero, podemos viajar juntos porque yo también estoy descontento del señor Trabajo, y me alegraré encontremos un sitio en que no oigamos hablar de semejante hombre.

Sin duda Narciso habría preferido para compañero de viaje un chico de su edad con quien poder jugar por el camino, cazar mariposas ó coger flores á orillas del arroyo, pero como era discreto, comprendió fácilmente que no le estaría mal la compañía de un hombre de juicio y de experiencia.

Con esta reflexión aceptó la propuesta del desconocido, y emprendieron su camino como buenos amigos.

Al pasar por un prado vieron como los segadores dallaban la yerba, estendiéndola despues para que se secase. Narciso sintió un gran placer al aspirar el perfume que exhalaban las yerbas aromáticas mezcladas entre el heno, y comparó lo agradable de aquella labor al aire libre, oyendo el murmullo del arroyo y el gorjeo de las aves, con la pesa-

dez de las lecciones que habia recibido encerrado en la escuela bajo la férula del señor Trabajo. Complaciase en estos pensamientos, cuando de repente se agarró de la mano de su compañero de viaje exclamando:

—Huyamos pronto de aquí, porque sino me va á coger.

—Quién? preguntó el extranjero sorprendido.

—El señor Trabajo, contestó Narciso: ¿No le distingue Vd. entre los segadores?



Y el niño señalaba con el dedo á un hombre de alguna edad, que mezclado entre los trabajadores parecia su amo, estimulándoles con su ejemplo. Y por una estraña coincidencia las facciones del granjero parecian las del señor Trabajo, que debia á aquella misma hora entrar en clase.

—Nada tema Vd., le dijo su compañero. Ese no es el maestro de escuela, sino un hermano suyo que es labrador. Dicen que tiene aun peor génio, pero con nosotros no va nada, puesto que no

pensamos servirle en su casa de campo.

Narciso sin embargo procuró perder cuanto antes de vista á un hombre que tanto se parecia al señor Trabajo, y llegaron á la entrada de un pueblo donde estaban construyendo una casa. Detúvose á contemplar con qué facilidad y destreza trabajaba toda aquella gente, manejando unos la sierra, éstos el martillo, aquellos la piqueta, y no pudo menos de decir á su compañero con qué gusto aprenderia aquellos oficios para construir una casa para sí, adonde no pudiese venir á buscarle el señor Trabajo. Estaban en esta conversacion cuando de repente exclamó Narciso.

—Huyamos pronto! Aquí está otra vez.

—Quién? dijo el extranjero con serenidad.

—El terrible maestro, respondió Narciso, pálido como la cera. Allí está; es aquel que va con una regla en la mano, midiendo maderas, dando instrucciones á unos operarios, regañando á otros. Es él, no tengo duda alguna.

—Aquel no es el maestro de escuela, dijo tranquilamente el extranjero. Es un hermano suyo que es arquitecto.

—Mucho me alegro que así sea, dijo Narciso, porque la figura de ese hombre me daba mucho miedo, pero si Vd. gusta, vámonos de aquí lo mas pronto posible.

Prosiguiendo su camino nuestros viajeros llegó á sus oídos el sonido de tambores y cornetas, y Narciso escitó á su compañero á apresurar el paso, por el gusto que tienen todos los muchachos á ver la tropa. A poco encontraron una

compañía de infantería, que perfectamente equipada marchaba con aire marcial.

—De qué buena gana sería yo soldado: dijo Narcisito. A buen seguro que el señor Trabajo no se atrevería entonces ni á mirarme á la cara.

—Firmes, vista á la derecha, gritó una voz fuerte y bronca.

Nuestro amiguito se quedó petrificado, porque aquella voz de mando tenía el mismo metal que la de su viejo maestro. Su admiración y temor creció de punto, cuando dirigiendo la vista al capitán, vió en él la *vera effies* del señor Trabajo, á quien no desfiguraba su vistoso uniforme, ni la espada que llevaba en la mano, que á Narciso le parecía todavía la vara del maestro.

—Corramos, exclamó temblando, no sea que quiera engancharnos en su bandera.

—También ahora se equivoca Vd., le dijo su compañero de viaje. Tampoco ese es el maestro á quien teme Vd. tanto: es otro de sus hermanos que es militar. Dicen que es tan severo como la ordenanza, ¿pero á nosotros qué nos importa?

—Bien, repuso el niño, pero vámonos, que me cansa ya ver el ejercicio.

Continuaron su camino, y llegaron á una quinta donde bailaron una sociedad numerosa. Muchachas hermosas, jóvenes alegres bailaban al compás de un violín que tocaba aires deliciosos. Nunca había visto Narciso cosa mas agradable: aquella fiesta le hacía olvidar todos sus anteriores desengaños. Detengámonos aquí, dijo á su camarada, porque el señor Trabajo no vendrá á asustar con

su cara de vinagre á las gentes que se divierten.

Pero estas palabras espiraron en sus labios al fijar la vista en el músico, verdadero retrato del señor Trabajo, que manejaba el arco con la misma facilidad que la varilla en la escuela. Aunque su aire parecía mas franco, y le invitaba por señas á bailar, aquella semejanza llenaba de pavor á nuestro amiguito.

—Dios mio! murmuró con voz trémula, cualquiera diría que el señor Trabajo está en todas partes. ¿Quién podría figurarse que sabía tocar el violín?

—No es tampoco el maestro de escuela, dijo el extranjero, sino otro de los hermanos, músico de profesion. Por darse tono se hace llamar el señor Placer, pero su nombre verdadero es Trabajo.

—Suplico á vd. que continuemos nuestro camino, dijo Narciso; me da miedo la cara de este músico.

Prosiguieron su marcha, unas veces por el camino real, otras por senderos estraviados, deteniéndose ya en ciudades populosas, ya en pequeñas aldeas, pero en todas partes se les presentaba como por encanto la imágen del señor Trabajo. Si se paraban en el campo se les aparecía como un espantajo: si entraban en alguna casa lo encontraban sentado en la sala: si echaban una ojeada á la cocina, allí también estaba su fea persona. En las cabañas parecía el amo, y aunque con algun disimulado disfraz, también se ingería en los salones aristocráticos. En todas partes descubría nuestro amigo algun rostro semejante al señor Trabajo, y que segun su compañero

era otro de los innumerables miembros de aquella dilatada familia.

Narciso no podía ya más: se moría de pena, cuando reparó en algunas personas tendidas á la sombra de los árboles á orillas del camino. El pobre muchacho rogó al extranjero que se detuviésem un poco para reposar.

—Siquiera aquí estaremos libres del señor Trabajo: á buen seguro que no vendrá, porque no le gusta la gente ociosa.

Iba á sentarse en el grupo cuando fijando la vista en el que le parecía más indolente entre aquella gente tirada en la yerba, vió el retrato del señor Trabajo, tan semejante como sacado al daguerrotipo.

—Ya he dicho á Vd. que esta familia es muy numerosa, observó el camarada de Narciso. Es otro de los hermanos, educado en Italia, donde ha contraído esos hábitos de ociosidad, y se le conoce por el apodo del *signor Far niente*. Pretende que vive con toda comodidad, pero en realidad es el más miserable de todos.

—Oh! déjeme Vd., déjeme Vd., exclamó Narciso llorando: si todo el mundo es propiedad del Trabajo, prefiero volverme á la escuela.

—Héla aquí, dijo su compañero, porque aunque habían corrido mucho espacio, habían caminado haciendo un círculo. Podemos entrar juntos en la escuela.

Aquella voz no le era desconocida: levantó los ojos y vió delante de sí al señor Trabajo, conociendo entonces que aunque había hecho los mayores esfuerzos por separarse de su maestro, siempre éste había estado á su lado.

Muchos que me han oído referir la historia de Narciso, han creído que el señor Trabajo es algún nigromántico, que está en todas partes, disfrazado de uno ú otro modo. Como quiera que sea, el niño no perdió la lección, y fué desde entonces muy aplicado, porque conoció que la afición al trabajo es menos penosa que la ociosidad. Y como dijimos al principio, cuando se familiarizó con el señor Trabajo, conoció que sus modales no son tan ásperos como parecen, y aun la sonrisa del viejo la encontró alguna vez tan amable como la de su buena y cariñosa madre.

A.

LECCIONES DE LA MAMÁ.

—¿Cómo se llama aquel pajarillo, mamá mía, decía Carolina, que se remonta á tanta altura, y cuyo dulce gorjeo regocija mi oído?

—Es una alondra, querida mía, contestó Luisa. Apenas el primer albor del día comienza á sonrosear la cima de las montañas, cuando esta avecilla abandonando su blando nido se eleva á los aires presurosa, humedecida todavía su pluma por las gotas de rocío que brillan en su pecho. Al levantar su vuelo prorrumpe en cantos de alegría; himnos de amor con que saluda á la naturaleza y á su Criador. Sirvate de ejemplo, hija mía, y que siempre tu primer pensamiento al levantarte sea una oración de gracias á

Dios, que te ha criado, y que te concede un día mas.

—¿Y aquel arrullo que se escucha, mamá mia?—Es de la tórtola. ¿Oyes cuán tierna y apagada es su voz, tan dolorida como el llanto de la viuda? Aguarda la vuelta de su amado, y sus gemidos son tan continuados, como el ruido confuso de la ola que se estiende blandamente por la playa. Sé siempre como ella, hija mia, fiel en la amistad, constante en el amor.



—¿Y aquel punto negro que se divisa en el cielo?—Es, querida mia, un aguilá. Esta hija de las montañas alegre y orgullosa, segura de su fuerza, atraviesa la nube tempestuosa y desafia al rayo abrasador: su ala poderosa lucha contra el viento, y su mirada de fuego se fija en el sol. Su vuelo es recto y rápido, y nada es capaz de detener su curso. ¡Ojalá, hija mia, que tu vida se asemeje al vuelo del águila, recto, infatigable, siempre fijo en un objeto! ¡Y cuál mas digno de nosotros que la virtud!

PLUTARCO DE LOS NIÑOS.

ÉPOCA ANTIGUA.

ELIO ADRIANO.

Nació en Itálica el año 76 de Jesucristo, vástago de una de las mas ilustres familias de Cádiz. Protegido por Trajano y por su mujer Plotina, en gracia á sus buenas prendas y á la gallardía de su persona, asistió como cuestor en la guerra de los Dacios, peleando en ella bravamente. Ascendido luego á pretor y arconte de Atenas, acaudillaba el ejército cuando la muerte de Trajano le dió el trono. Su magnanimidad, sus victorias y sus virtudes hicieron fecundos y gloriosos los primeros años de su reinado; pero sus persecuciones á los cristianos, y su vergonzosa conducta con Antinoo, empañan su buena memoria. En el lugar donde resucitó Nuestro Señor Jesucristo, en Jerusalem, puso una estatua de Júpiter, y en el Calvario otra de Venus. Aflijido de enfermedades crueles intentó mas de una vez suicidarse, y, no sin que en su última hora le asaltáran terribles dudas sobre el porvenir de su alma, murió en 158 á los 62 años de edad.

ANNEO MARCO LUCANO.

Nació en Córdoba, y protegido en Roma por Séneca, su tío, fué nombrado

maestro de Neron, á quien bajamente adulaba en sus versos. Enojado mas tarde con su discípulo, ya Emperador, vendóse tomando parte en la conspiracion de Pison, que fué descubierta, y que á los 30 años le costó la vida, á pesar de las vilezas que por salvarla hizo. La mejor de sus obras es el poema *La Farsalia*, cuyos versos recitaba al beber la cicuta.

ATAULFO.

Tercer monarca godo, segun San Isidoro, aunque ciertos cronistas lo asienten el primero, fué elegido en 410 por muerte de su cuñado Alarico, y animado por su esposa Placidia, hermana del emperador Honorio, intentó restablecer el imperio de Occidente, juntando en una las razas y potestades que se repartian la peninsula ibérica; pero no ayudó la ventura á tan gigantesco propósito, y una conspiracion acaudillada por Sigerico puso fin á su vida en 413.

PAULO OROSIO.

Nació este discípulo de San Agustin en Tarragona, á fines del siglo IV, y por consejo de su santo maestro escribió varios libros excelentes, que corren traducidos en muchas lenguas, en defensa de la religion cristiana. Tambien hizo un viaje á Palestina para discutir con San Gerónimo el origen del alma. Se ignora el año en que murió.

SAN HERMENEGILDO.

Hijo de Leovigildo, décimo octavo rey godo, nació por los años de 538 ó 40, y fué muerto en Sevilla en 586, de orden de su padre, por haber abrazado el cristianismo, á ruegos de San Leandro, arzobispo á la sazón de aquella diócesis. Sus virtudes fueron sublimes y su muerte heroica.

SAN LEANDRO.

El 27 de febrero de 596 murió en Sevilla este docto varon, en cuya ilustre familia, oriunda de Cartajena, parecen vinculadas de consuno las virtudes y la sabiduria. Hermanos suyos fueron San Fulgencio, obispo de Ecija, Teodosia, mujer de Leovigildo, madre de San Hermenegildo y Recaredo, santa Florentina, y San Isidoro, que en la silla sevillana le sucedió. Leandro pudo morir satisfecho: habia combatido sin tregua á los arrianos, habia convertido á San Hermenegildo á la religion cristiana, y por último habia instruido en sus verdades á Recaredo, demas de presidir el tercer Concilio Toledano en 589, corregir la liturgia española, introducir el rito mozárabe, y componer varios libros piadosos de alto mérito.

RECAREDO.

Hijo tambien de Leovigildo, mas dichoso que su santo hermano, heredó el

trono de su padre en 586, abrazando inmediatamente la religion católica, y difundiéndola no solo en sus Estados, sino tambien en la Galla gótica, donde venció al obispo arriano Athaloco y á los condes que le ayudaban. Para poner paz y buen orden en la Iglesia católica reunió varios Concilios, y murió en Toledo en 601, considerado como grande y piadoso introductor del cristianismo en España.

SAN ISIDORO.

Nació en Cartajena el año 570, y sucedió á su hermano San Leandro en el Arzobispado de Sevilla, gobernando su diócesis con sabiduría, sin hacer por eso treguas en sus predicaciones religiosas contra los arrianos ni en sus escritos. Entre los Concilios de que fué presidente es el mas notable el de Sevilla, en 619, donde Gregorio Siriaco, obispo de los acéfalos, abjuró sus errores convencido de ellos por Isidoro. En los cuarenta años de su arzobispado hizo muchas piadosas fundaciones, entre ellas la de un colegio, y escribió sus famosas *Etimologías*, *La historia de los reyes godos, vándalos y suevos*, *El Libro de la naturaleza de las cosas*, y otras obras que aun hoy son provechosamente estudiadas. Acaeció su muerte en 4 de Abril de 636.

TEODOSIO.

Estraordinaria bizarría, y no comun prudencia, distinguieron á Teodosio en las guerras de Roma con los bárbaros, y en el gobierno de la Mesia, de continuo asediado por los sármatas. La derrota de las legiones romanas, inspiró al emperador Graciano el feliz pensamiento de dividir la púrpura con un caudillo de altas prendas y eligió á Teodosio, que se hallaba retirado en Cauca de Galicia, su país natal. Ocupó diez y seis años el trono, desde 379 á 395, en cuyo tiempo detuvo á los bárbaros, que muy pronto se convirtieron en auxiliares de Roma; derrotó y castigó al rebelde Máximo, y sometió las comarcas sublevadas, adquiriendo el renombre de *grande* con que la historia le designa.

Sin embargo, su bello carácter rayó alguna vez en la crueldad, y aunque se estremecía leyendo las de Sila, Neron y Caracalla, no fué menor la suya al castigar las sublevaciones de Antioquía y Tesalónica, si bien hizo por ella ejemplar y dura penitencia obedeciendo la severa voz de Ambrosio, obispo de Milan. Algunas de las sábias leyes que hizo parecen dictadas por el arrepentimiento. Al morir en 395 padeció el error de dividir el imperio entre sus dos hijos, con que pudieron los bárbaros sojuzgarle mas fácilmente.

MODESTO INFANTE.

BASES DE LA PUBLICACION.

Este periódico se publicará por entregas, repartiéndose cuatro al mes, y acompañando á cada una, cuando no lleve grabados en el texto, una lámina litografiada, entre las que se dará en cada estacion un figurin de Modas para niño. Cada mes se repartirá ademas otra enciclopédica de doble tamaño.

Las suscripciones principiaron desde 1.º de Abril.

Los números de los seis primeros meses formarán un lindo tomo, para cuya encuadernacion se repartirá un índice, con su cubierta en papel de color.

PRECIO DE SUSCRICION.

En Madrid 3 rs. al mes: 8 rs. trimestre: 15 medio año.

En Provincias 12 rs. trimestre: 20 medio año.

Con las láminas enciclopédicas.—Un real mas al mes respectivamente.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID. En la *Administracion del Periódico*, calle de las Huertas, núm. 42; *Petegrini*, Caballero de Gracia, núm. 8; *Librerías de Cuesta*, calle Mayor; *Bailli-Balliere*, calle del Príncipe; *Perez*, calle de Carretas; *La Publicidad*, Pasaje de Mateu; *L. Lopez*, calle del Carmen, núm. 29, y *Duran*, calle de la Victoria; *Sanchez Rubio*, calle del Prado; *Dochoa*, calle de Jacometrezo.

EN PROVINCIAS. En las principales *Librerías y Administraciones de Correos*, ó directamente remitiendo el importe en libranzas sobre Correos ú otras de fácil cobro, en carta franca con sobre al Editor del Periódico ó en sellos en carta certificada.